

Víctor Hugo espiritista

Ignacio Solares

Víctor Hugo, además de gran novelista, poeta, dramaturgo y dibujante fue un hombre profundamente interesado en el espiritismo. A raíz de la pérdida de su hija, Víctor Hugo emprendió la tarea de comunicarse con ella más allá de la muerte. En este ensayo Ignacio Solares registra esta dolorosa y obsesiva experiencia.

Para Federico Reyes Heróles

I

En noviembre de 1853, Víctor Hugo escribió en su diario: “El cielo, por medio de estas sesiones espiritistas, me ha regresado al ser que más he amado en la vida: mi hija Léopoldine”.

Cuando aún no tenía veinte años, en 1843, la primogénita de Víctor Hugo se casó con Charles Vacquerie, un joven adinerado, bien parecido y con ciertas inquietudes literarias que compartía, eufórico, con su suegro. “Es más un buen hombre que un poeta”, escribió, lapidariamente, Víctor Hugo en su diario. Hay que recordar lo certeros que eran al respecto los juicios de Hugo. Por ejemplo, al leer por primera vez unos versos de Rimbaud: “¡Shakespeare niño!”, lo llamó.



Ante una página de Flaubert: “Hay una flama en cada línea”.

Cuando se casó Léopoldine, Víctor Hugo se sinceró con Charles Vacquerie: “Lloré en sus brazos y le dije que se llevaba lo que más amaba en el mundo”. Él contestó: “La cuidaré como sólo usted podría hacerlo”. Y Víctor Hugo agregó en su diario: “No imagino un mejor hombre para mi hija. Pero no es sólo su bondad la que me ha conquistado, sino el amor apasionado que manifiesta por Léopoldine. Tanto como el que, creo, siente ella por él”.

En una foto que se conserva en su casa de la Plaza de los Vosgos, en París, que hoy es un museo dedicado a su memoria, aparecen Víctor Hugo con su esposa, Adèle, sus hijos Charles y François-Víctor, y las hijas



Victor Hugo, *Castillo fantástico*

Adèle y Léopoldine al lado de Charles Vacquerie. Llama la atención el rostro de satisfacción de Víctor Hugo. Aún no lo arrastraba el torbellino que él mismo llamó “mi destino” y que ilustró en un célebre y macabro dibujo a tinta. En ese mismo museo se conservan algunos de los vestidos, guantes y zapatitos de estambre de Léopoldine cuando era niña, y que Víctor Hugo conservó con él hasta su muerte. También, un retrato de Auguste de Chatillon, realizado en 1835, que se titula *Léopoldine con un misal*. La joven aparece sonriente mirándonos de lado, con unos ojos de una dulzura sobrecogedora.

Un templado y azul 4 septiembre de 1843, apenas diez meses después de la boda —ella ya embarazada— Léopoldine y Charles abordaron una barca en Villequier, en el Sena. Unas horas después, la barca zozobró en los meandros del río. Léopoldine se hundió y Charles la buscó sin resultado. Él pudo salvarse, pues alcanzó la quilla, pero seguramente sumido en la desesperación, se dejó arrastrar por la corriente. Los primeros reportes afirmaban que los cuerpos de la pareja habían sido encontrados entrelazados, uno en brazos del otro, en un apasionado abrazo final. Después se supo que Léopoldine se había ahogado justo debajo de la barca, mientras el cuerpo de Charles había sido arrastrado bastante más lejos, río abajo.

Víctor Hugo estaba en esos momentos de viaje por el norte de España, en compañía de su amante, Juliette Drouet. Todos los veranos, a partir de 1833, el escritor hacía un viaje con Juliette, y Léopoldine era su principal corresponsal. Víctor Hugo nunca escribió cartas más

apasionadas —con una ternura en ocasiones dolorosa— como las que le dedicó a su hija. En una de ellas, que lleva su firma en 1837, le escribe desde alguna playa estas líneas premonitorias: “Y después, ángel mío, escribí tu nombre en la arena: Léopoldine. Cuando suba la marea, lo borrará. Mas lo que nada podrá borrar nunca es el amor enorme que tu padre te tiene”.

El 4 de septiembre, Víctor Hugo y Juliette se habían detenido por la mañana en las afueras de Burdeos para visitar el famoso osario de la iglesia de Saint-Michel, con sus setenta cuerpos momificados. “La presencia de esa galería de muertos (son ellos los que parecen mirarnos a nosotros) me puso muy nervioso, me llenó de un doloroso presentimiento, me anunció lo que a partir de ese momento será una constante en mi vida: la fatalidad”, escribió Hugo poco después.

Siguiendo su paseo, el poeta y su amante llegaron a la villa de Soubise y fueron a cenar a un restaurante local. En la mesa de al lado estaba olvidado un periódico parisino, el *Charivari*. En lo que Víctor Hugo llama “el momento más aterrador de mi vida”, leyó el encabezado: “Muere ahogada en el Sena la hija de Víctor Hugo”. Y en el cuerpo de la nota: “El siniestro informe, confirmado ya, de un incidente espantoso, que pondrá de luto a una familia entrañable para el mundo de las letras francesas, ha afligido esta mañana a todos los habitantes de nuestra ciudad: la joven pareja, ahogada en las profundidades del río, fundida en un último abrazo, ella embarazada...”.

Aquella noche, Víctor Hugo escribió una sola frase en su diario:

“Dios mío, ¿qué te he hecho?”

En un dibujo a tinta, titulado *Pochoir* (1858), Hugo representó la tumba de los jóvenes esposos. La tenue luz de la luna ilumina una parte de la tumba y descubre un alfabeto de palabras. Todo el resto es tenebroso, casi impenetrable, aunque percibimos la sombra de otras tumbas, algunas estelas en el cielo e, incluso, un árbol enmascarado por la noche. En su poema “Llanto en la noche”, grita la voz de un padre desolado: “Oh, interior de la fosa, triste como una cuna vacía”. Y más adelante:

Te he perdido preciosa hija
tú, que hoy llenas mi destino
con la luz de tu ataúd.

En su amplia obra poética, hay varias referencias a la parja de amantes ahogados. Por ejemplo, en el poema “Tristeza de Olimpo”:

En algún lugar
debe haber tal lugar
como sombras solitarias
los amantes resguardan
entre flores sumergidas
su anhelo inconcluso.

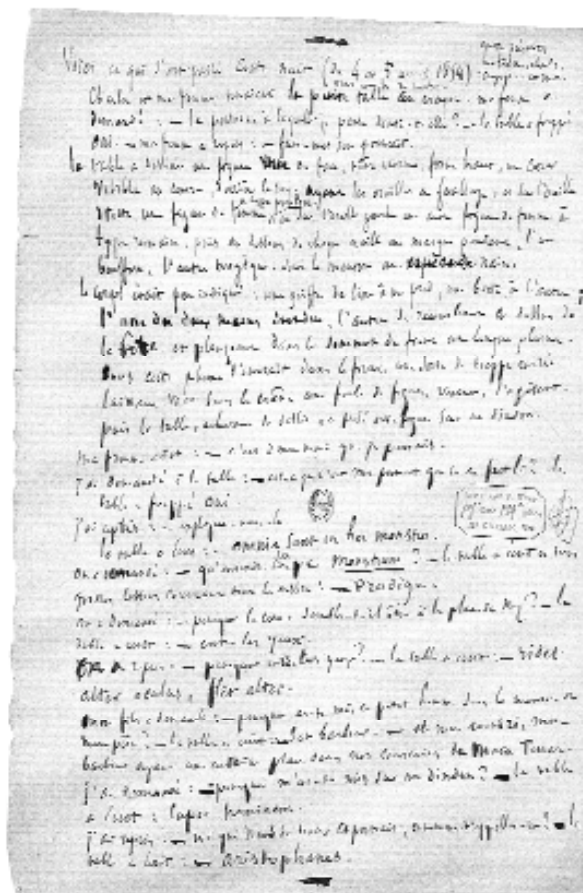
Después de sucesivos esfuerzos por adaptarse al régimen cada vez más tiránico de Napoleón III (*Napoléon-le-Petit*, lo llamó), y bajo una real amenaza de arresto, Víctor Hugo decidió que él y su familia no podían permanecer más en París ni en ningún otro lugar de Francia. En diciembre de 1851 escaparon a Bruselas y dos años después, en el otoño de 1853, se instalaron en la isla de Jersey. Juliette, la amante de Víctor Hugo, desembarcó discretamente poco después.

La isla —con apenas unos cincuenta mil habitantes en aquel entonces— tiene una temperatura promedio de diez grados centígrados y el cielo por lo general está encapotado. El mar es sombrío, con olas estruendosas azotando las altas rocas dentadas. La capital, Saint-Hélier, en cuyas afueras viviría Víctor Hugo en una casa llamada *Marine-Terrace*, tenía como principales atractivos los cafés al aire libre, un teatro y una biblioteca. “La tristeza del lugar parece tan sólo reflejo de la mía propia”, escribió Víctor Hugo.

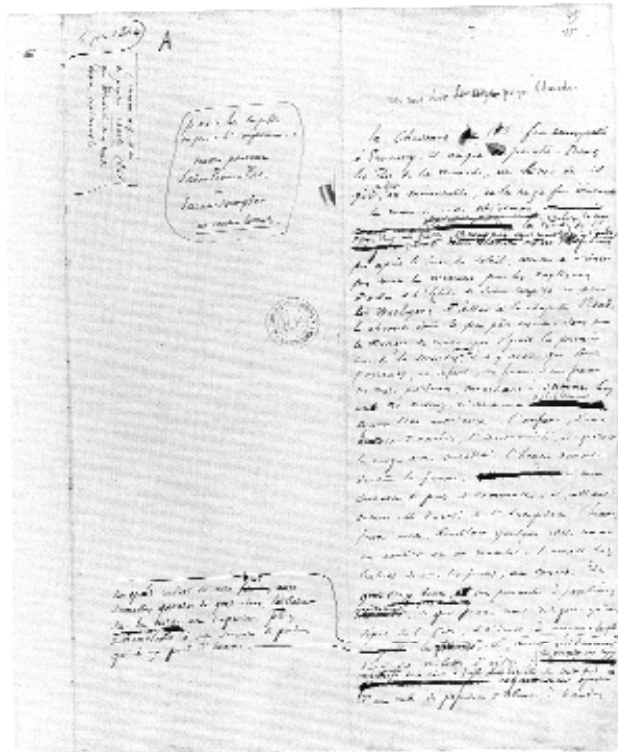
Apenas unos meses después de instalados, llegó a visitarlos Delphine de Girardin, amiga de la familia desde hacía años y quien a últimas fechas se había manifestado como una consumada médium para invocar los espíritus de los muertos. Víctor Hugo manifestó —a diferencia de su esposa— cierto escepticismo en un principio, pero escuchó con atención el procedimiento

usado por Delphine. Los participantes colocaban sus manos con suavidad sobre una pequeña mesa. Una vez convocado el espíritu, la mesa levantaba una pata, o aundos, y transmitía el mensaje con golpecitos en el piso. En ocasiones, la mesa ni siquiera se movía y los golpes que se escuchaban parecían venir de “otra parte”. El procedimiento era lentísimo y exigía una gran paciencia. La pata de la mesa, además de comunicar un “sí” con un golpe y un “no” con dos, debía proporcionar el número correspondiente a cada letra del alfabeto. Así, un solo golpe significaba la letra “a”, mientras que veintiséis golpes seguidos, la “z”. Por lo demás, el fenómeno era impredecible. En ocasiones, la pata de la mesa permanecía balanceándose en el aire durante algunos minutos, como sin decidirse a transmitir su mensaje. En otras ocasiones, la mesa parecía rebelarse y levitaba, llegando casi a topar con el techo. Con frecuencia se sacudía violentamente o se deslizaba en línea recta mientras giraba sobre sí misma. “¿Qué hay en esa mesa para que pueda hacer lo que hace?”, le preguntó en una ocasión su hija Adèle a Víctor Hugo, después de que algo de esto último había sucedido durante una sesión. “Ahí hay vida”, fue la respuesta escueta de su padre.

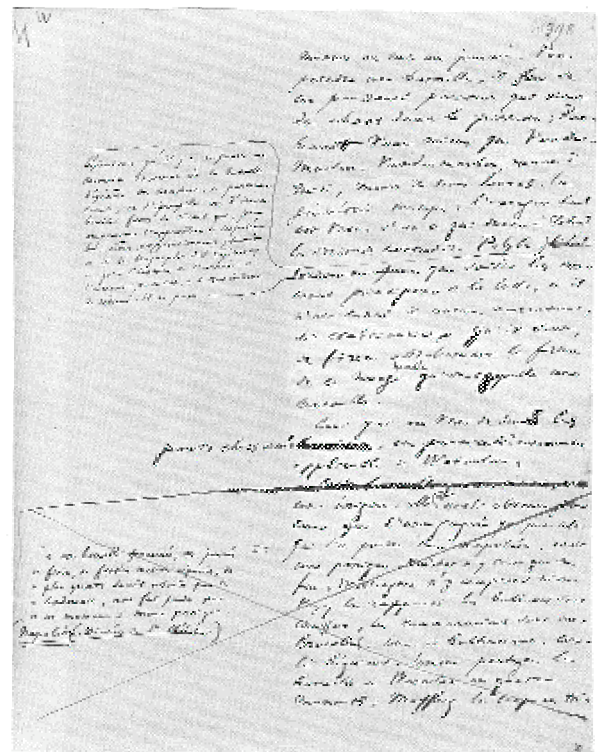
Delphine les preguntó a los Hugo, la misma tarde de su llegada, si tenían en la casa una mesa pequeña, apropiada para demostrarles enseguida sus facultades de médium. Jean de Mutignay nos cuenta en *Victor Hugo y el espiritismo*:



Registro del propio Víctor Hugo de la sesión espiritista de los días 4 y 5 de abril de 1854



Victor Hugo, *Los trabajadores del mar*, manuscrito autógrafo



Victor Hugo, *Los miserables*, manuscrito autógrafo

Sin siquiera esperar el postre, Delphine de Grardin pidió ver la mesa que ellos consideraban apropiada. Era una pequeña mesa cuadrada de cuatro patas. Delphine estalló en risas: “En ella ningún espíritu podría manifestarse por pesado que fuera”. Por desgracia, la casa de los Hugo no había sido amueblada por un especialista en lo oculto. Así que para no arriesgarse a una mala experiencia, Delphine (a quien una vez que algo se le metía en la cabeza no lo dejaba ir, y estaba convencida de que convertiría a Víctor Hugo al espiritismo) se fue a Saint-Hélíer esa misma tarde y recorrió incansable las tiendas de muebles hasta encontrar una muy pequeña mesa redonda de pedestal, cuya única pata terminaba en tres garras doradas.

Esa misma noche intentaron la primera sesión, con un resultado nulo. Al día siguiente sucedió lo mismo. Durante cuatro días, el grupo —al que se habían agregado los hijos de Hugo— insistió durante horas y horas sin recibir la más mínima respuesta del “otro” mundo. Víctor Hugo terminó por aburrirse y se paraba de la mesa continuamente. En ocasiones se sentaba en algún rincón del salón a escribir o a leer y sólo miraba de reojo hacia la

mesa, escuchaba con escepticismo las invocaciones desesperadas de Delphine, quien no parecía perder la esperanza de lograr su objetivo. Luego diría: “Yo sabía que mi más alta misión en la vida era convertir a Víctor Hugo al espiritismo”.

Por fin, el domingo 11 de septiembre de 1853 (habría que recordar que Léopoldine se ahogó un día de septiembre de hacía exactamente diez años), no sin cierta vacilación, la mesita empezó a emitir palabras a través de los golpeteos en el piso. Estaban presentes, además de Delphine, Víctor Hugo, su esposa, sus hijos y, lo que es muy importante, el general Auguste Vacquerie, tío del esposo de Léopoldine. En su libro *Conversaciones con la eternidad, la obra maestra olvidada de Víctor Hugo*, John Chambers reproduce al detalle, según la transcripción que hiciera el propio Víctor Hugo, aquella sesión, reveladora para el poeta, quien describe sus intervenciones en tercera persona, como lo haría siempre en sesiones posteriores.

En un primer momento, los mensajes fueron breves, dispersos, fragmentarios, casi incoherentes. De pronto Auguste Vacquerie le preguntó a la mesa:

—Adivina qué palabra estoy pensando.

Víctor Hugo no sólo aseguraba haber visto aletear a su lado a un ángel, sino que manifestó ciertos poderes psíquicos desde muy joven.

La mesa golpeó.

—SUFRIMIENTOS.

Ésa no era la palabra, dijo Vacquerie. Él había pensado en “amor”. Pe rodurante los siguientes minutos los movimientos de la mesa se hicieron más bruscos.

—¿Aún eres el mismo espíritu que estaba allí? —preguntó Delphine.

—NO.

—¿Quién eres tú? —preguntó Víctor Hugo.

La respuesta llegó enseguida:

—NIÑA MUERTA.

—¿Tu nombre? —volvió a preguntar Víctor Hugo.

La mesa golpeó.

—L.É.O.P.O.L.D.I.N.E.

Adèle Hugo no pudo contenerse y se derrumbó en sollozos. Víctor Hugo enmudeció y cre yó que el corazón iba a estallarle. El momento fue aún más impactante para él que cuando leyó en un periódico la noticia de la muerte de su hija. Su hijo Charles mantuvo el control lo suficiente para preguntarle a su hermana:

—¿Dónde estás? ¿Eres feliz? ¿Aún nos amas?

La respuesta llegó:

—DE DIOS.

—Dulce alma, hija mía, ¿eres feliz? —preguntó Víctor Hugo con voz que se ahogaba en sollozos.

—SÍ.

—¿Dónde estás?

—LUZ.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer para volver a reunirnos contigo?

—AMAR.

La mesa formaba palabras sin vacilación, como si la Presencia supiera que estaban comprendiéndola enseguida.

—¿Por quién fuiste enviada? —preguntó Delphine.

—EL BUEN SEÑOR.

—¿Hay algo especial que necesites decirnos? —preguntó Víctor Hugo.

—SÍ.

—¿Cuál es tu mensaje para nosotros? —insistió el padre, seguro de que de aquella respuesta dependería el resto de sus días.

—APRENDER A SUFRIR POR EL OTRO MUNDO.

—¿Tú ves el sufrimiento de aquellos que te aman?

—SÍ, LO VEO.

—¿Eres feliz cuando te nombro en mis oraciones? —preguntó de nuevo el padre, quien a pesar del nudo en la garganta sentía que una nueva ola de vida y de esperanza revitalizaba su ser.

—SÍ, LO SOY.

—¿Estás siempre cerca de aquellos que te aman? ¿Los cuidas?

—SÍ. SIEMPRE.

—¿Depende de ellos que regreses?

—NO.

—¿Pero regresarás?

—SÍ.

—¿Pronto?

—SÍ.

Y entonces el espíritu de Léopoldine se marchó.

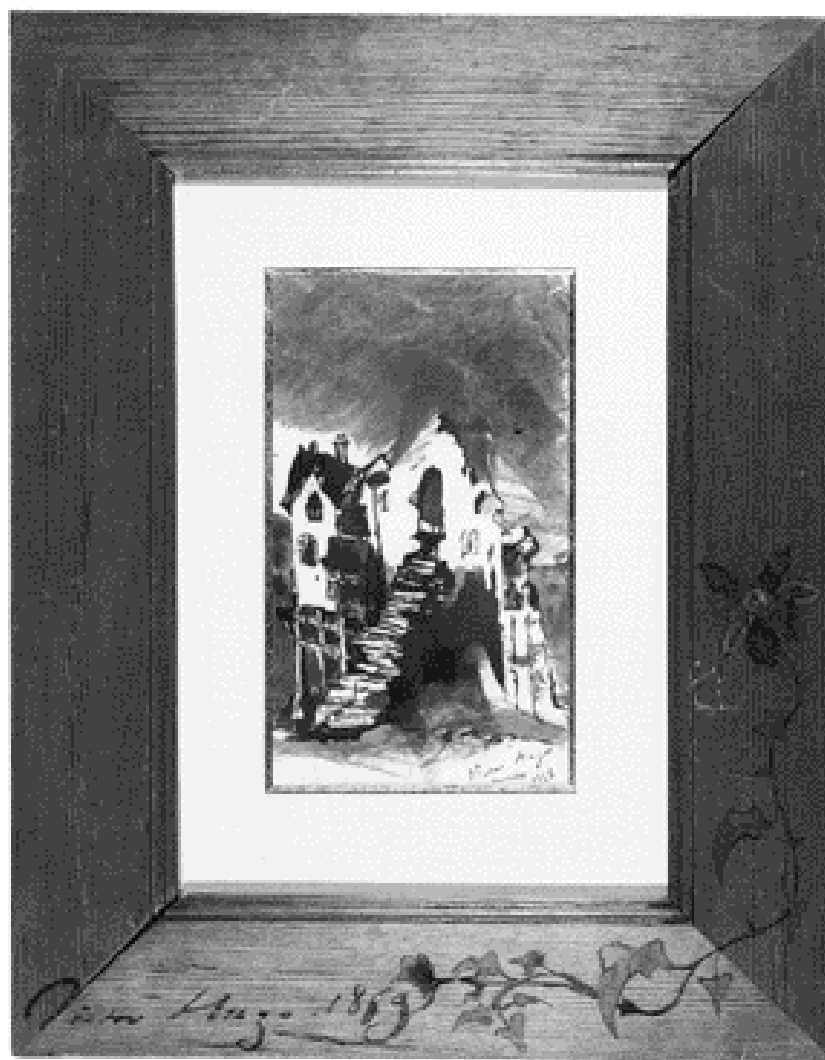
Hasta aquí la transcripción de aquella primera sesión. Víctor Hugo había sido convertido al espiritismo.

II

Otro especialista en el tema, Martin Ebon, nos dice:

Sin duda, podemos ver la muerte de Léopoldine como el núcleo emocional del dramático diálogo de Víctor Hugo con la Muerte (así, con mayúscula) y su certidumbre en la vida eterna. Algo que por lo demás, él como poeta intuitivo desde siempre.

Víctor Hugo no sólo aseguraba haber visto aletear a su lado a un ángel, sino que manifestó ciertos poderes psíquicos desde muy joven. En una carta a su amigo Paul Stapfer, cuenta:



Victor Hugo, *Casa vieja*, 1858

Mi hijo François, cuando era niño, padecía un insomnio muy grave. Intentamos todos los métodos usuales para hacerlo dormir, sin éxito, y se enfermó tanto que mi mujer y yo pensamos que íbamos a perderlo, sin remedio. Entonces intenté como último recurso practicar con él unos pases magnéticos. Durmió durante quince horas seguidas, sin despertarse para nada. Su sueño fue tan reparador y benéfico, que el doctor, asombrado, no pudo más que reconocer que estaba curado, sin entender por qué ni cómo. Cuando le volvía la enfermedad—ya nunca como al principio— me llamaba y yo volvía a curarlo con los pases magnéticos.

En *La tentación de lo imposible*, confirma Vargas Llosa esta cualidad del poeta:

Acaso el más allá, la trascendencia, Dios, le preocuparon a Víctor Hugo todavía más que las criaturas de este mundo. Se puede decir de este escritor con los pies tan bien asentados en la tierra y en la carne que, más todavía que poeta, dramaturgo, narrador, profeta, dibujante y pintor, llegó a creerse un vidente, un develador de los misterios del “otro” mundo, de los designios más recónditos del Ser Supremo y su magna obra, que según él no es la creación y redención del hombre, sino el perdón de Satán. En su intención, *Los miserables* no fue una novela de aventuras, sino un tratado religioso.

Después de aquella primera sesión con el espíritu de Léopoldine—quien regresó con mensajes muy parecidos—, Víctor Hugo tuvo ocasión de conversar con Shakespeare, Molière, Mozart, Dante, Esquilo, Platón, Galileo, Napoleón (el grande), Josué, Lutero, y otras personalidades. Algunas de esas conversaciones son admirables y otras—como sucede frecuentemente con las transcripciones de las sesiones espiritistas— caen en lo tedioso y hasta en lo grotesco. Pero esto parecía asumirlo Víctor Hugo como parte del fenómeno sobrenatural y no pareció minar su entusiasmo. Por eso, por ejemplo, cuando a Lutero le planteó sus dudas sobre la veracidad y conveniencia de las sesiones y de los personajes que en ellas aparecían, éste le contestó:

No temas dudar. Duda aún más de todo. Evita las certezas. Shakespeare dudó y creó a Hamlet. Cervantes dudó y creó el Quijote. Dante dudó y creó el Infierno. Esquilo dudó y creó a Prometeo. Yo dudé y creé una religión.

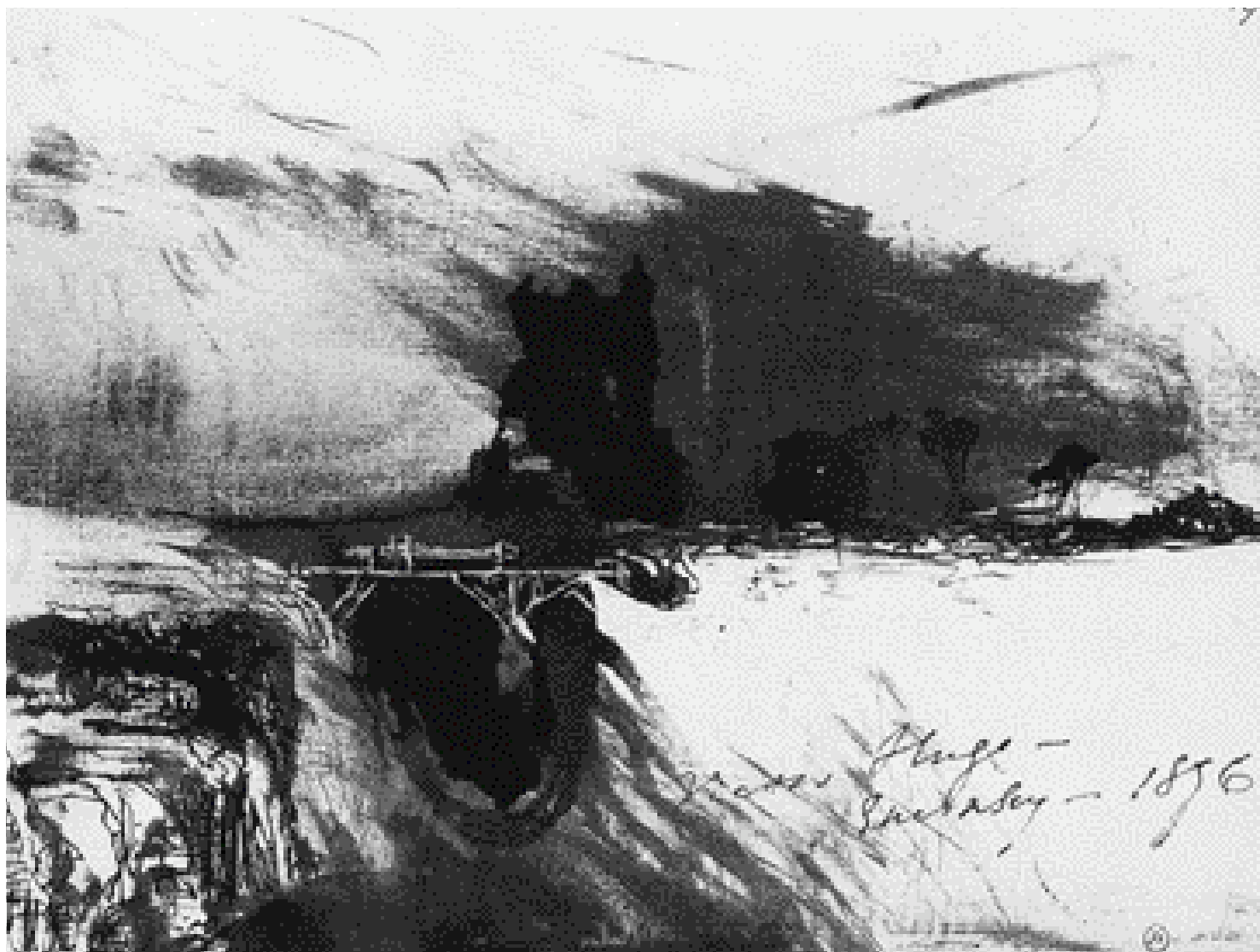
El comentario de Víctor Hugo sobre aquella sesión va por el mismo rumbo:

El mundo de lo sublime quiere nuestra visión, no nuestra ciencia. No quiere que la razón tenga algo que ver con su definición. Toda verdadera fe debe llevar implícita su duda. En una palabra, el mundo de lo sublime quiere que los grandes hombres, los hombres guías del mundo, permanezcan en ese estado permanente de duda. Ésa es la ley y estoy resignado a ella.

Pasaba horas y horas—en ocasiones noches enteras, hasta que era “la luz del día la que lo alumbraba”— transcribiendo, dentro de una gran euforia, los diálogos de las sesiones. Aunque se han publicado algunas recopilaciones de ellas, quedan aún cientos y cientos de páginas inéditas que deberían de figurar, con pleno derecho, entre las obras del poeta, tan sólo por la importancia que tuvieron para él y, supuestamente, para nuestro propio conocimiento del “otro” mundo. Arthur Conan Doyle dijo que el Víctor Hugo más importante está en esas páginas. El testimonio del propio Conan Doyle al respecto—con la coincidencia de un hijo muerto trágicamente— es, en efecto, tan revelador como el de Víctor Hugo. Escribe el escritor inglés en sus *Memorias*:

Hay gente que me pregunta, con toda razón, qué me ha hecho sentirme tan convencido de los fenómenos psíquicos. Que estoy plenamente convencido lo demuestra el hecho de haber abandonado mi trabajo habitual—y lucrativo— y mi hogar durante largos periodos de tiempo, y el dar por buenas las incomodidades y hasta las calumnias con tal de abrir los ojos a la gente. Para exponer todas mis razones se necesitaría un libro completo más que un mero capítulo; pero puedo decir brevemente que todas mis experiencias al respecto han sido debidamente comprobadas, una a una, y que no existe ningún método por el que un espíritu pueda mostrar su presencia

Víctor Hugo tuvo ocasión de conversar con Shakespeare, Molière, Mozart, Dante, Esquilo, Platón, Galileo, Napoleón (el grande), Josué, Lutero y otras personalidades.



Victor Hugo, *Guernsey*, 1856

que no haya yo conocido en alguna ocasión —por no decir en muchas ocasiones. Con Miss Besinner actuando como médium, y en presencia de varios testigos, he visto a mi madre y a mi sobrino, el joven Oscar Honung, con tanta claridad como en vida, tanto que casi podría haber contado las arrugas de la primera y las pecas del segundo. En la oscuridad, el rostro de mi madre resplandecía, apacible, ligeramente inclinada a un lado, con los ojos cerrados. Mi mujer, que estaba a mi derecha, y una dama, que estaba a mi izquierda, la vieron con la misma claridad que yo. La dama, que no había conocido a mi madre en vida, dijo: “¡Cómo se parece a su hijo!”. Lo cual demuestra lo detallado que aparecieron sus rasgos. En otra ocasión se me apareció mi hijo, muerto durante la guerra. Seis personas oyeron nuestra conversación y firmaron después un documento atestiguándolo. Me habló, con su propia voz, de cosas que eran del todo desconocidas para el médium, que estaba atado y respiraba profundamente en su silla. Si no vale el testimonio de seis personas de elevada capacidad intelectual y probada honorabilidad, ¿cómo se podrá entonces establecer la verdad de cualquier otro hecho humano?

Conan Doyle dejó una gigantesca acumulación de datos de sus estudios y experiencias sobre temas psíquicos, aparte de unos dos mil volúmenes que contenía su biblioteca sobre el tema. Sus herederos han manifestado en diversas ocasiones que tal material apenas si interesa a los editores, quienes le encuentran poco valor comercial. Algo parecido a lo que sucede con la documentación que dejó Víctor Hugo. ¿Por qué? Quizá porque, a pesar del testimonio tan solvente como el de los escritores mencionados —y como tantos otros, de Henri Bergson y William James a Carl Gustav Jung y Aldous Huxley, pasando por W.B. Yeats, Fernando Pessoa y Christopher Isherwood— en la historia del espiritismo ha predominado por desgracia la charlatanería y el fraude y, sobre todo, la imposibilidad de comprobación científica, en laboratorio. ¿Será que, como decía Víctor Hugo, ese “otro” mundo debe permanecer restringido a la pura “visión”? O tal vez porque, como concluyó entre nosotros Gutierre Tibón, no le ha llegado su tiempo a pesar de, en apariencia, haber pasado de moda. Porque aunque sólo se aceptara una parte de lo que la investigación psíquica adelanta como cierto, hay ya suficiente información para que



Victor Hugo, *El sueño*

adivinemos la inmensidad de la *terra incognita*, cuya exploración no ha hecho más que comenzar. En contra de la advertencia de Víctor Hugo, supongamos que de ese mundo desconocido llegara un fulgor, apenas un fulgor, a algunos de los laboratorios de nuestros más rigurosos científicos, qué transformación en una humanidad habituada, diga ella lo que diga, a no aceptar como existente sino lo que ve, lo que toca o aquello que, en efecto, le demuestra fehacientemente la ciencia. Para calcular la importancia que esto tendría, basta observar cómo los seres humanos nos entregamos —o tratamos de entregarnos— al placer. Seguramente no lo haríamos, o no lo haríamos hasta tal punto, si no viéramos en ese placer un asidero contra la Nada. Tal vez si estuviéramos seguros de sobrevivir a la muerte, ya no podríamos pensar en otra cosa, y la transformación de una sociedad hedonista como la nuestra sería radical. Como dice Bergson, en un comentario sobre el tema:

Subsistirían los placeres, pero empañados y descoloridos, ya que su intensidad es proporcional a la atención que

ponemos en ellos. Palidecerían como la luz de nuestras lámparas ante el sol de la mañana. El placer sería eclipsado por la alegría.

Por otra parte, esa alegría podría traducirse en entusiasmo —etimológicamente: “estar inspirado por la divinidad”—, algo que, según Vargas Llosa en *La tentación de lo imposible*, puede ser fuente de graves problemas sociales. ¿A qué dirigente político le conviene un pueblo “entusiasmado” por “otra” vida, y por lo tanto desatento y poco laborioso en ésta? Vargas Llosa cita una tesis del historiador Eric Hobsbawm, según la cual lo que más temían los príncipes alemanes en sus súbditos era “el entusiasmo” porque éste, a su juicio, era fuente de agitación y desorden. Si el objetivo de las instituciones políticas y las iglesias establecidas, es mantener la vida social dentro de cánones rigurosos, sumida en un orden inmutable, el “entusiasmo” puede sembrar la duda —precisamente, la duda— la discordia y, estimulando el espíritu crítico e individualista, causar múltiples fracturas a la estructura social.

Pero tal vez el elemento más importante y categórico contra las prácticas espiritistas es el riesgo psicológico que conllevan. Psicológico y espiritual. En ellas puede afectarse la mente y colarse cualquier clase de espíritu, según dicen quienes las han practicado. Hubo fantasmas espantosos en las sesiones de Jersey. En particular, hubo tres asesinos y un hombre sin cabeza. También, una Dama Blanca que había asesinado a su bebé varios milenios antes y había sido condenada a vagar por entre las altas rocas de la isla por un periodo incalculable para nuestro pobre concepto del tiempo.

La mesa giratoria abrió sus puertas sobrenaturales —ante la impotencia de Delphine de Girardin— a otras fuerzas y otros seres que los convocados. Jean Bassin, editor de las *Obras completas de Víctor Hugo*, y curiosamente una destacada autoridad francesa en los antecedentes y el contenido de las sesiones espiritistas en general, escribió:

Parece probable que la multiplicación casi frenética de las sesiones, y ciertamente la *apertura mental* de los participantes, contribuyeron a crear en Marine-Terrace una atmósfera favorable para la invasión de las fuerzas más oscuras del “otro” mundo.

También es un valioso testimonio el diario de la hija menor de Víctor Hugo, Adèle, quien desde su primera juventud empezó a dar muestras de la locura de la que sería presa poco después, del *amour fou* que la llevaría a seguir al otro lado del mundo, a un “otro” mundo literalmente, al hombre del que se había enamorado, el teniente Pinson; historia magistralmente contada por Truffaut en *Adèle H.* Al ver frustrada y rechazada esa

pasión sin control, terminaría por perder del todo la razón y su padre se vería en la necesidad de encerrarla en un manicomio. “Muerta sin morir del todo. Ése es el estado en que he encontrado a mi pobre y adorada hija en la última visita que le hice”, escribió Hugo.

Adèle recrea la pesada atmósfera que infundieron a Marine -Terrace las sesiones espiritistas:

Mi padre insistía en que toda la familia participara en las sesiones y en la casa andábamos todos como sonámbulos, como si los fantasmas fuéramos nosotros. Yo soñaba con Léopoldine ahogándose noche tras noche y me despertaba ahogándome yo también.

Por su parte, por esas fechas, Víctor Hugo escribía: “En las noche mi estudio se llena de ruidos extraños. Hay golpes en la pared. Los papeles vuelan en forma inexplicable. Las lámparas se apagan solas”.

También anotó que cuando se despertaba por la noche, temía encontrarse con los seres que se manifestaban en las sesiones. Sus temores no fueron infundados y en una ocasión aseguró haber visto a la Dama Blanca paseándose desconsolada por su estudio, extendiéndole unas manos como de espuma.

Como era de esperarse, el doctor de la familia les aconsejó que abandonaran las prácticas espiritistas. Como gota que derramó el vaso, Jules Allix, nuevo amigo de la familia y entusiasta de las mesas giratorias, se volvió loco durante una de las sesiones. De pronto se puso de pie, fue a sentarse en un rincón —en el sofá en donde por lo común sólo se sentaba Víctor Hugo— y durante cuatro horas sólo repetía “He visto cosas, he visto cosas”, mientras movía la cabeza a los lados y crispaba las manos. Dos días después, Augustine, su hermana, lo encontró tirado en el piso de su cuarto con ojos alucinados, sin haber comido ni dormido, intentando magnetizar un reloj que se había detenido a las doce en punto.

Madame Hugo decretó un buen día, a finales de 1855 —poco más de dos años después de haberlas iniciado—, que las sesiones espiritistas habían concluido en Marine -Terrace. Delphine de Girardin regresó a París y al poco tiempo murió de cáncer.

En el ajetreo de los acontecimientos, y ante la redacción de otras obras de Víctor Hugo, las transcripciones se perdieron durante años. No fue sino hasta 1923 cuando se publicó una breve selección de ellas en *Chez Víctor Hugo: les tables tournantes de Jersey*, de Gustave Simon. En 1968 fue publicada una antología de las transcripciones —apenas la mitad de las supuestamente existentes—, como parte de un solo volumen, el nueve, de las *Obras Completas* del poeta, editadas por el mencionado Jean Bassin. Habría que calcular que esas *Obras Completas* finalmente alcanzaron hasta los dieciocho volúmenes. ¿Cuántos más se agregarán si se incluye el material inédito que aún va apareciendo?

En una nota en su diario, Víctor Hugo escribió:

Hoy tan sólo puedo dar fe de la existencia de un fenómeno que se manifiesta a través de los giros y golpeteos de una mesita de pedestal: la existencia de muchos otros mundos —quizá más cercanos al nuestro de lo que suponemos— y de la eternidad de las almas. No es necesario decir que nunca mezclé en mi trabajo ni una sola línea emanada de ese Misterio. Siempre he dejado tal material, escrupulosamente, a lo Desconocido, de donde llegó. Ni siquiera admití un leve reflejo de sus luces en mi escritura. El trabajo de la razón humana debe permanecer aparte de estos fenómenos inescrutables y nunca intentar apropiarse de ellos. No podría hacerlo. Las manifestaciones de lo invisible son un hecho, lo he comprobado. Las creaciones del pensamiento humano son otras, muy distintas. El muro que las separa debe conservarse íntegro, sin resquebrajaduras. Hay una oscura religión que nos lo pide así. Entonces, repito, tanto por respeto al fenómeno mismo como por el valor de la creación literaria, hago una regla de vida: el no aceptar mezclas turbias en mi inspiración. Anhele que mi trabajo, tal como es, se mantenga absolutamente mío y personal.

Efectivamente, como dice Vargas Llosa, se trataba de un hombre con los pies bien asentados en la tierra, por más que su alma se desprendiera y viajara en ocasiones a los más alejados mundos, de los que su talento e intuición dio testimonio quizá como ningún otro poeta. ▮

Tal vez si estuviéramos seguros de sobrevivir a la muerte, ya no podríamos pensar en otra cosa, y la transformación de una sociedad hedonista como la nuestra sería radical.